

LA PUNTILLA

1. Tal vez uno sea un carca, un aburrido aguafiestas. O, sencillamente, se niega a convertirse en eco del mal gusto y en cómplice de la chabacanería. Sin duda los economistas liberales sabrán explicarlo de una forma convincente. Ya se sabe: la oferta, la demanda, el mercado libre. Cada quien hace lo que quiere si puede pagarselo y la autoridad o el tiempo no lo impiden. Seguramente uno - repito- es un viejo "carroza", una antigualla de esas que no confunde *valor* con *precio*. Toma, tomate. Y, sin embargo, uno sigue creyendo que la tierra y el agua han sido hechas para cultivar tomates y lechugas, para aliñar con ellos ensaladas, para dar a comer la dieta mediterránea a quien tiene hambre (o tan solo buen apetito). Puro carca, disculpen. Vale mucho más que el sudor - esa "*vestidura de oro de los trabajadores*" según Miguel Hernández- las carcajadas juveniles, y el dinero atraído con ellas, de las "tomatinas" pueblerinas o de otras fiestas similares. Después de todo, a falta de un trabajo que ofrecerles, bueno es ofrecer a la generación de relevo "pan y circo". Claro está que para disfrutar del circo habrá que ganarse antes el pan. A ser posible, con "tomaca".

2. Ciertamente en el sistema de la sanidad pública, gratuita y universal, se han cometido abusos. Por ejemplo, las recetas "sin pagar" que el abuelo pensionista "pasa" a sus hijos o nietos en paro o sin parar. Un sistema así camina de manera imparable hacia la quiebra. Nada es "gratis". Si yo no pago, alguien paga por mí. Ahora bien, una cosa es el abuso de un uso y otra muy distinta es el principio o norma que le sirve como su base o fundamento. Del mismo modo que ciertos beatos asisten a dos misas seguidas, existen

igualmente algunos “hipocondríacos” que acuden a las consultas saturadas de los médicos movidos por ... “la costumbre”. Alguien los tiene que escuchar. ¿Es esto un fallo del sistema sanitario? Por supuesto. Y para corregirlo están los buenos profesionales médicos que separan en el triaje las ovejas churras y las merinas, manejan el tiempo de atención y prescriben los medicamentos sin financiar y también otros “subvencionados” (no se olvide que ya existe el “co-pago” en el gasto farmacéutico). Pero, además de funcionar mal la sanidad, también hay en nuestra sociedad muchos alumnos y alumnas universitarios que calientan los pupitres de las aulas sin que nadie, desde la política o el mundo académico, se atreva a cortar por la raíz para no ser censurado de “elitista”. Todo el mundo tiene el derecho a estudiar en la universidad, pero asimismo (¿es preciso decirlo?) el deber de hacerlo para mantenerse en ella con algún decoro intelectual. El suspenso se gana con mucho más mérito o demérito que la pérdida de la salud. ¿Tiene acaso la culpa de su enfermedad el que sufre una brusca pielonefritis y, además del mal físico, debe soportar el “sarcasmo” de recibir una carta “bienintencionada” en la que se detalla el costo pormenorizado de su “frivolidad”? ¿Alguna vez los diversos gestores de la “cosa pública” han cuestionado ante el ciudadano de a pie, sin coche ni cochero sacados del presupuesto, el agujero negro que supone al contribuyente el mantenimiento de todas las televisiones oficiales “a mayor gloria de los gobernados”? El Estado puede gastar en cosas superfluas, como crear un “microclima” para ilustres visitantes o bien adornar una pasarela con flores a María (¿a cuánto cuesta cada inhalación del aroma?). Pero no te rompas una pierna, si no quieres recibir la visita del cartero. Si alguien me roba la cartera, quiero que la policía me devuelva lo robado y detenga al ladrón. Si un árbol se cae en la vía pública de mi calle y me obstruye el paso, quiero que la grúa se lo lleve. Es su deber. No nos devuelvan la pelota de su ineficacia. Y el costo, para los que viven a nuestra costa manejando nuestro dinero sin que podamos decir “esta boca es mía”.

3. La alcaldesa de una cierta localidad belga ha sido pillada en una posición comprometida en la que a nadie le gustaría ser pillado por el video de un sorprendido turista. Se cuenta entre los psicólogos conductistas – esos que niegan la

posibilidad de asomarse a la conciencia y solamente consideran accesible la conducta externa - un chascarrillo "profesional": un matrimonio de dicha escuela de pensamiento - la tribu de los "psi" - hace el amor apasionadamente. Una vez cumplido el acto, el marido le dice a la esposa: "Querida, yo sé que tú has disfrutado porque lo he visto expresado en tus gestos y he oído tus gritos de placer; pero ahora, ¿me puedes decir qué he sentido yo?". Pues bien, quienes presencian el video captado pueden ver a la alcaldesa y a su acompañante cómo disfrutaban bien a las claras. La alcaldesa, de cara, doblada en la almena de un torreón, y el maromo, gozoso, detrás, tieso, espasmódico. La imagen deja constancia de la vibración del momento estelar. La cosa no tendría mayor importancia si no se tratase de una alcaldesa y, además, del partido de los flamencos cristiano-demócratas. Los moralistas católicos discuten si el sexo ha sido anal, prohibido, o vaginal, permitido. Claro está que en el último de los casos se precisa poseer una cierta habilidad o una verga dura de gran envergadura. Otro punto discutible es si la escena, aunque tan íntima como una felación en el despacho oval, debe o no debe situarse en el ámbito de lo público. Hacer el amor en la calle es cosa de cínicos y de perros que, para quien sabe griego, viene a ser lo mismo. En cualquier caso, desde ahora un pequeño pueblo belga y otro pequeño pueblo navarro son hermanados. Uno, para ignominia; otro, para atractivo turístico. Fulano pierde un billete. Tristeza. Mengano encuentra el billete. Alegría. La ley del universo se cumple.

4. *"Grecia está endeudada ... ¿Quién la des-endeudará? El desendeudador que la desendeude, etc."*. Los griegos antiguos nos dejaron en herencia el *logos* y los griegos modernos...nos...nos han traspasado en "sub-arriendo" los trabalenguas y los "birli-bir-loques". Una burla, lo que oyen. Treinta jardineros para regar un solo manzano es demasiado pecado original para las arcas públicas. *"¿Te quebraré, varita de avellano?"*, dice un poeta castellano. Y otros, más prosaicos y más lejanos, desearían usar la vara para propinar algunos vergazos sobre la espalda de ciertos políticos irresponsables. ¡Ah, pero quien esté libre de culpa que rompa la primera factura! Como dicen los franceses, que no tienen aliados sino intereses, *"las buenas cuentas hacen los buenos amigos"*.

5. Quienes vivimos de “al...quilo”, pagando los cien o los mil gramos de renta grano a grano, no sabemos bien qué cosa misteriosa sea eso del “euríbor”. Solamente podemos intuir que se trata de algo parecido al colesterol: sube, malo; baja, bueno. En cualquier caso, la actual crisis ha hecho aumentar el número de las familias ahogadas por una hipoteca, los “hipote-ahogados”. Uno, que sabe muy poco de números y no mucho más de letras, pensaba en su mucha ingenuidad que las hipotecas se definen como unos “*préstamos garantizados por el mismo bien hipotecado, la vivienda*”. Sin embargo, los bancos - expertos en agujeros financieros - parece que han hallado el modo de nadar y de guardar la ropa. O sea, quedarse con la casa y seguir pidiendo al casero el queso de Rocafort y la deuda contraída. ¡Menudos ratones!

6. La Duquesa de Alba se nos ha casado y digo “se nos” porque en nuestra España “catódica” la rancia aristocracia es una cosa bastante popular. La descendiente del “coco” de los niños flamencos se arrancó por bulerías ante las cámaras y a mucha gente le vino en la cabeza la fregona que luce David Bisbal con los ricitos de la entrañable octogenaria. Podríamos haber pensado también en el otro David, el inmortalizado por el genial Miguel Angel, pero eso sería demasiado bonito, casi enternecedor. Vamos, un nuevo alba o alborada tras alguna calaverada nocturna. Durante un día, gracias a doña Cayetana, fuimos, si no reyes o reinas, como en el legendario concurso, al menos cortesanos. No hubo malas previsiones económicas, ni tampoco escándalos financieros, ni comisiones ilegales, ni mujeres vejadas y maltratadas, y ni siquiera un hombre le mordió a un perro... La Duquesa se nos ha casado y le deseamos que el novio, ya marido, le dure más que a nosotros la cuesta de enero.

7. La alcaldesa de Valencia (¿qué tendrá la señora alcaldesa?) vuelve a plantar flores en la pasarela del seco y secado Turia, igual que antaño los mozos plantaban a las novias del pueblo en el altar para irse a pendonear con golfas en la gran ciudad. Y, naturalmente, los socialistas (¿cómo no les iba a aflorar en la piel el sarpullido de la espinosa Rosa, de apellido Díez o acaso Diez votantes?) han puesto el grito en el

cielo de Madrid - calle Ferraz - y, de paso, en la luna de Valencia. Demasiado gasto público despilfarrado en aromar de perfume aterciopelado la hermosa urbe peperera de los pipiols y pupilos de Rajoy. Tal vez algún concejal o concejala, según la cuota en vigor, sugiera enviar misivas con timbre y sello a los contribuyentes, siempre sufridos, para darles a conocer el elevado costo causado en rinitis a la seguridad social con cada inhalación de los dos pulmones, los dos caños de la nariz y otras dobleces contables. Por supuesto, se podrá alegar aquella célebre frase de Jesús, el carpintero judío, cuando responde al tesorero Judas, escandalizado como fariseo del caro ungüento vertido en los pies del nazareno: "*A los pobres siempre los tendréis con vosotros*". Y es que el divino Pastor calaba hondo en el corazón de sus hipócritas ovejas. He aquí ya la puntilla y el remate a cualquier utopía terrenal y, nada menos, que dada con el mayor realismo por el que que "está sentado a la derecha del Padre". Claro está que Jesús era el Hijo de Dios y, además, el Hijo único de Dios. O sea, que ante eso no cabe respuesta alguna ni mucho menos indagar sobre el milagro de envolver un clima en otro clima para que el sucesor del sucesor de Cristo no tuviese la desagradable experiencia de transpirar como cualquier hijo de vecino.

8. Desde siempre han existido dos clases distintas de hombres pobres, que no de *pobres hombres*: unos, los "solemnes"; otros, los "avergonzados". Los primeros, después de cerrarse con la tranca la puerta de los conventos en donde se reparte la sopa bobalicona, acuden a ver la entrada solemne de los grandes en las ciudades y se pasean por los alrededores de las fiestas palaciegas, mientras el limosnero de la casa noble reparte con su bolsa llena, como los padrinos de bautizo los caramelos, algunas cuantas monedas de cobre destinadas a cobrar el crédito de alma caritativa del señor feudal. Cuando los ricos, en lugar de repartir sus joyas, prestan su cara y su aureola y se hacen embajadores de las buenas causas (a Dios gracias), los llamados pobres "de solemnidad", privados de las fiestas "solemnes", acuden a la acción directa. O sea, se exponen ante el público en la calle o en las puertas de las iglesias (actualmente en los cines o en los supermercados) mostrando sus llagas o muñones, sus miserias, su desdicha, y "dando la lata", como la latosa tonta del bote que hace sonar una perrachica saltando en el cilindro de hojalata o latón que le sirve de improvisado cepillo, de

caldero para la calderilla. Por otro lado, aquellos que se avergüenzan de su pobreza, los venidos a menos, se ponen como el hidalgo “migas” en las barbas para dejar así la evidencia de que han comido. Cierta dama de alcurnia, ayer ociosa y hoy menesterosa, solía comer “invitada” cada día de la semana en casa de los amigos que no se habían arruinado. Al acabar de comer, como quien hace un favor, la mujer cosía o remendaba algunas ropas de los niños. Todo el mundo aceptaba la farsa. El pobre no sufría la humillación de recibir, el rico no se envanecía de su donar. A cualquier persona, si no quiere mendigar, le basta con tener siete amigos como la princesa Blancanieves tenía siete enanos, mamá Cabra siete cabritillos y la Grecia de Solón sus siete sabios. Y, si quiere, puede incluso descansar y ayunar los domingos descartando al amigo “por interés”.

9. A la pobreza se llega por descenso o por nacimiento. Quienes caen en ella desde la altura rara vez lo hacen sin que se encuentren primero con alguna red que, mientras resiste sin romperse, amortigüe en parte la costalada hasta llegar al suelo o, incluso, el subsuelo. Antes de la desnudez debemos quitarnos el abrigo, la bufanda, la camisa y la camiseta. Del trabajo se pasa al paro, del paro al subsidio, del subsidio a comerse los ahorros del banco, más tarde a sobrevivir de la pensión materna, de la ayuda de un hermano o de un primo, a malvender tal vez la propia casa o bien -un as bajo la manga- una segunda casa, a estirar el dinero de plástico cuanto alcance su elasticidad, etc. Y, cuando no queda ya más leña que la que arde, si no aparece como un arco iris tras el chaparrón el paraguas protector de algún amigo tan robusto como un roble centenario de buena y acogedora sombra ..., entonces, solamente entonces, siempre nos quedará (¿no es cierto?) Casablanca, o la tierra de la Casablanca, o la Casa Rosada, o el país caribeño de la Casona, si no tenemos guardada ni blanca en el bolsillo. Ahora bien, los europeos ya no poseemos aquel temple de nuestros antepasados que viajaban en vagones de tercera antes de hacinarse en la cubierta con rumbo al “sueño americano”. Suele decirse, sin ninguna razón, que hoy hemos “olvidado” nuestro pasado de emigrantes llevando encima todas nuestras pertenencias en una maleta, un baúl o arcón. Nada más falso. Nadie puede “olvidar” lo que no ha “vivido” jamás él mismo. Si el hombre aprendiese las lecciones de la historia nunca serían recurrentes los mismos flagelos, los cuatro jinetes del

apocalipsis. Hasta el gato escaldado, que es feliz sin saber que es un felino, huye del agua. Como decía el bueno de Machado: *“Doy consejo a fuer de viejo/nunca sigas mi consejo”*.

10. Siempre es mucho más agradable pasar de uno a dos que bajar desde cinco hasta tres. El ordenanza, aunque solamente reciba órdenes sin darlas, será feliz si lo elevan a coordinador de conserjes. Por el contrario, un ministro sin cartera que pasa a ser subsecretario de Estado sentirá su nueva tarea como una degradación. A cierta novelista norteamericana, una “china blanca” que pasó tanto tiempo entre la raza amarilla como entre la piel de albúmina que rodea la yema del huevo, le preguntaron cómo era posible que no se hubiese dado cuenta en una visita a su país de origen de la crisis económica que sobrevino en Occidente como conclusión de los “felices años veinte”. Cuando le señalaban si no había visto a la gente vendiendo manzanas en la calle, ella respondía: *“Oh, sí, pero eso lo he visto yo desde mi niñez en la China”*. Sin duda ningún hindú o chino se lanzaría al vacío por la ventana en una quiebra bursátil sencillamente porque no tienen acciones en la bolsa. Para ser conservador se debe tener algo que conservar y, quizás, lo más importante que debemos conservar es un amigo para conversar. Palabra de converso. ¿O acaso el “com-pañero” no es el que parte y comparte el “pan”?